

UN CORAZÓN AZUL

Categoría: MAYORES DE 60 AÑOS

Seudónimo: AZUL

Rosa entra en el estudio y se sienta detrás del lienzo como ha hecho cada mañana desde hace muchos años.

Tras ella pasa Carmen, como si fuera su sombra y mira por la ventana, a lo lejos se distinguen los molinos de viento, mientras Rosa estudia la tela como si pensara el futuro plan que le va a dar.

Ha pasado el verano y el cielo azul claro que las ha acompañado muchos días se ve transformado por un puñado de nubes grises que, quizá, a la tarde dejen caer la lluvia.

Aún hace calor y un par de barquitos se mueven a lo lejos entre el oleaje.

No hay nadie paseando por la playa.

-¿Eres mi modelo?

Así comenzó todo, Rosa necesitaba una modelo y ella contestó a su necesidad para hacer un retrato que se continuó con varias posibilidades de atuendo y paisaje. Esa relación laboral duró aproximadamente un año, por entonces ya las habían unido a las dos como una especie de magia para el arte.

Un día le dijo que si no le importaba quitarse la ropa para hacer un desnudo y no le importó. Rosa la pintó en las posiciones más púdicas y en las más obscenas y un día, sin tener nada premeditado se acostaron juntas el tiempo justo para tener un momento de placer y luego el tiempo se alargó, y los besos, y las caricias, y el cariño y la decisión de vivir juntas.

Carmen posó para otros artistas y Rosa tuvo otros modelos, pero siempre se reencontraban y decidieron comprar esa casa con vistas al mar cerca de un pueblo con muy pocos habitantes.

-Eres muy guapa.

Carmen se levanta y le da un beso y la coge de la mano y entran en la casa, no quiere dejarla sola en la terraza. ¿Si le ocurre algo qué va a hacer sin ella? Llevan tantos años juntas y han compartido tantos momentos.

Cuando entran, Rosa se vuelve a sentar en su silla de trabajo y Carmen lleva los restos del desayuno a la cocina.

-Deme la paleta, por favor.

Carmen deja de mirar por la ventana cómo se balancea un barquito a merced de las olas y dos figuras lejanas que caminan por la costa.

Piensa que debe ser maravilloso pasear esa mañana cerca del mar y siente añoranza por los momentos pasados juntas en la intimidad del paseo.

Decide poner música. Duda si la radio y que sea el capricho del locutor quien les haga llegar la música o elegir algún disco de vinilo, un CD o ,quizá, una de las grabaciones que ha hecho con canciones cogidas de Internet.

Finalmente deja que sea la música de una emisora de radio la que llene la habitación.

Pone en la paleta unos colores y se la da a Rosa junto con un pincel. Ella vuelve a mirar el blanco del lienzo.

Carmen coge un libro y se sienta en el lugar donde tantas veces ha sido la inspiración de su pareja.

-¿Quieres que me ponga en alguna posición en particular?

Rosa la mira y a los colores. Es una maestra reconocida internacionalmente, ha impartido clases y ha dado conferencias y viajado a muchos lugares. Pero a ella no le hace falta otra cosa que su compañía, cuidarla ahora que tanto la necesita.

-Quítese la ropa.

Carmen la mira y se ríe con ganas, era insospechada esa petición por parte de Rosa y comienza a quitarse la ropa, despacio, hasta que se queda sin ninguna prenda.

Rosa coge el pincel y mira los colores de la paleta. Elige el índigo. Siempre les ha gustado a las dos. Es un color precioso. Es como los días tristes, como el fondo del mar o el color del cielo cuando se hace de noche. Incluso era el color elegido cuando se sentaban a mirar el mar desde su atalaya y ponían en las copas la ginebra azul con la Coca Cola o el Seven Up.

-¿Quieres un vaso de ginebra azul con Coca Cola, aunque no sea una hora apropiada?

Rosa no le hace caso. Moja el azul con su pincel y pinta en el cuadro, que estaba en blanco, mientras su compañera decide al verla que le pondrá un marco al lienzo y lo colgará en algún lugar de la casa. Un cuadro más de los que llenan las paredes y en los que tantas veces aparece ella.

Habrán en muchas paredes de coleccionistas y museos cuadros con su rostro.

Sabe que su cuerpo, a esas alturas de su vida, no es el que Rosa, posiblemente, desearía para pintar en esos momentos porque, aunque se conserva bastante bien, sus

pechos ya caen de una forma demasiado laxa y hay muchas arrugas que es imposible esconder.

Se levanta y mira su pelo. Demasiado tiempo sin ir a la peluquería. Llama y pide cita para las dos, a Rosa también le hace falta darse el color.

-Rosa. ¿Quieres que nos acostemos?

-No.

A Carmen le hace gracia la respuesta inmediata y duda de si sabe lo que le estaba proponiendo. Desde luego, no hay duda de la contestación y comienza a vestirse.

-No se vista.

Por un momento se siente indecisa. Estaría más cómoda con alguna prenda y, a pesar de que Rosa insiste, se pone las bragas y una camiseta varias tallas más grande de lo necesario y le pregunta si así está bien, pero Rosa sigue con su pincel y la mira y al cuadro como si estuviera valorando el resultado de sus trazos.

Azul, cuantos tonos de azul hay. Que tristes son algunos y otras veces son maravillosos desperdigados por el cielo y el mar, en el color de las venas, en los ojos, ellas tienen los ojos marrones, como la tierra y las espigas, todo tiene su color y su momento.

-¿Damos un paseo por la playa? Vamos caminando por el sendero del molino. ¿Te acuerdas cuando nos echamos un polvo fabuloso allí un día que lloviznaba? Menos mal que hacía un día de esos que no invitan a pasear porque si nos llegan a encontrar de esa guisa, hubiera sido un momento de sofoco.

Y luego volvimos tan felices a casa sin pasar por la playa, como estaba previsto, para seguir con nuestras cosas.

¿Cómo se puede olvidar todo eso? ¿Cómo se puede olvidar todo? Te he visto dejar cosas en el olvido de un día para otro hasta llegar a este momento y me parece algo imposible.

Carmen se pone a su lado y mira el dibujo que ha hecho Rosa: Una línea azul que parte en dos casi todo el lienzo y un punto arriba, casi perdido en la perpendicular.

-Precioso. Lo titularé: Tú, yo y un corazón azul. Me encanta. Va a formar parte de la exposición que se prepara en Madrid. Con toda seguridad, el azul es nuestro color. Mañana lo enviaré junto con otros que he preparado.

Dame la mano y vámonos de paseo. Sé que te va a gustar pasar cerca del molino. Aunque no digas nada te van a subir las pulsaciones de emoción y, cuando lleguemos a la playa, caminaremos descalzas y nos daremos un beso con sabor a sal.

Coge mi mano. Yo nunca te dejaré sola.